



COSITAS ANTIGUAS

La Muerte de Armando André

Por Carlos Robreño

Poco antes de tomar posesión de la Presidencia de la República el general Gerardo Machado, electo en los comicios de 1924, salió de nuevo a la palestra el periódico "El Día" de origen conservador y de candente historia por sus duras campañas contra José Miguel Gómez en la época de su mandato.

Lo dirigía en esta segunda etapa, como en su primera aparición, el comandante del Ejército Libertador Armando André, de reconocida filiación menocalista. El vibrante periodista, siendo aun muy joven, en los días de nuestra gesta emancipadora se fué a la manigua a cumplir con su deber de cubano y de manera habilidosa logró llegar al campamento del generalísimo Máximo Gómez con objeto de proponerle un arriesgado plan para dar un golpe temerario: colocar una bomba de dinamita en el mismo Palacio de los Capitanes Generales que albergaba a la sazón la diminuta, pero funesta figura de Valeriano Weyler.

Máximo Gómez, hombre de guerra y de movimientos estratégicos para librar triunfales batallas, estimaba tan de imposible cumplimiento semejante proyecto que se limitó a sonreír, aconsejándole cordura a "Don Explosivo", pues fué tal apodo con el que bautizó al joven, pero valiente mambi.

Herido en su amor propio, Armando André logró abandonar el campamento dirigiéndose a la Capital. Una mañana penetró en la planta baja del edificio señalado —donde actualmente se hallan las oficinas del Ayuntamiento— y esquivando toda vigilancia, colocó en uno de los servicios la temible máquina infernal, mas acaso el nerviosismo del momento o la dudosa calidad de los materiales de que estaba compuesta hizo que la bomba al estallar llevara sus estragos a una dirección distinta a la supuesta, no pudiendo dar la metralla buena cuenta de la integridad física del odioso Duque del Rubí.

* * *

Después, en la República, André ocupó un escaño en la Cámara de Representantes y sus actividades parlamentarias, así como las periodísticas le llevaron en repetidas ocasiones al campo de honor para cruzar sus armas con adversarios políticos como Ferrara, Mendieta, Zubizarreta y otros.

Tal era a grandes rasgos la personalidad pública del director de "El Día" que llevaba en esta segunda aparición a nuestro compañero y amigo Alberto C. Vila, como segundo de a bordo y contaba en su cuerpo de redacción, en calidad de comentaristas políticos, a dos grandes humoristas ya desaparecidos: José J. López y Julito Gaunard.

Machado comenzó a gobernar en un ambiente de sahemerío que desdichadamente nuestro pueblo sin sospechar las funestas consecuencias que le acarrearía en el futuro, agitaba desorbitadamente y quizás por ello la campaña opositorista de "El Día" parecería más punzante, pero lo cierto era que se comentaba vivamente.

Recordemos que una madrugada del agosto de 1925, en vísperas de las regatas de Varadero, nos disponíamos a salir rumbo a la Playa Azul con objeto de cubrir la información de dicha competencia deportiva para el periódico "La Prensa", de cuya

redacción instalada en la calle de Consulado esquina a Neptuno, formábamos parte. En tal viaje habrían de acompañarnos dos queridos amigos que ya nos han abandonado eternamente: Ricardito Villares y Alfredo Rodríguez, jefe de redacción y regente, respectivamente de aquel diario.

Ibamos a despedirnos de los demás compañeros que se hallaban en la puerta, cuando divisamos en la acera de enfrente, dentro del café "Los Parados", inclinándose sobre la vidriera de lunch y de espaldas a la calle, al batallador periodista. Pocos segundos después, con un cartucho en la mano avanzaba hacia la vía pública y daba algunos pasos para saludar a los compañeros que estaban en la puerta de "La Prensa". Fué cuando uno de ellos le dijo:

—Armando: andas muy descuidado. Deberías tomar algunas precauciones.

—¡Bah! Yo ataco a rostro descubierto y visera levantada. ¿Quién me va a matar a traición?

* * *

Esa fué la rápida respuesta del indomable Armando André que, ciertamente, para su desdicha se equivocaba de modo pleno. Una de aquellas noches del propio mes de agosto, al terminar su diaria labor periodística salió de la redacción y montó en un automóvil de alquiler, cuyo chofer, un mestizo llamado Federico lo esperaba habitualmente y le ordenó:

—¡A casa!

g

21

Pero el driver, quizás sin sospecharlo, torció el rumbo y lo llevó a la muerte. Al llegar el vehículo junto a la puerta del domicilio de Armando André, situado en la calle Concordia entre Gervasio y Belascoain, se detuvo; el pasajero bajó rápidamente y al introducir el llavín en la cerradura notó que algún cuerpo extraño dentro de ella obstaculizaba la operación, cuando detrás de él se oyó un fuerte estampido.

—¿Te has ponchado, mulato? Fueron esas sus últimas palabras al mismo tiempo que caía al pavimento atravesado su cuerpo varias veces por una perdigonada disparada desde la azotea del frente por elementos gubernamentales entre los cuales figuraba un sargento del Ejército a quien se conocía por "Diente de Oro".

* * *

Después, en torno de aquel suceso alevoso, el silencio casi absoluto. Sólo rompió el hondo mutismo de la ciudadanía que daba la sensación de complicidad o falta de coraje, la voz del propio subdirector de "El Día", Alberto C. Vila, con su viril artículo: "¡Cobarde!", que causó sensación, a pesar de que la policía secuestró la mayor parte de la edición.

Vinieron más tarde los días del esplendor machadismo, del incondicionalismo abyecto, del halago repugnante, sin presagiar siquiera que la pasividad poco menos que unánime demostrada al caer la primera víctima de la que andando el tiempo resultaría una larga lista, sería la que llevaría al ánimo de aquel que ya llamaban Egregio la impresión de que, precisado el caso, podría convertirse impunemente en dueño y señor de la vida y hacienda de todos los cubanos.

Un gesto viril colectivo en tan crítico instante, acaso nos hubiera evitado los posteriores años de dolor.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA